

Camargo Molano, F. (2020). *Capitalismo y pandemias. Traficantes de sueños*

Fernando Cruz Abarca

El colombiano Frank Molano, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá), analiza, desde una perspectiva crítica hacia el capitalismo, las diversas pandemias que han asolado al mundo desde hace siglos; no se limita a enunciar las fallas y contradicciones del sistema, sino que se aproxima a la realidad social de cada emergencia sanitaria.

La estructura del libro ofrece una lectura ágil y ordenada. En sus dos apartados principales: “Unificación del mundo y la ecología-mundo capitalista y colonial” y “El imperialismo y el capital financiero: Degradación y mercantilización de la naturaleza”, el autor hace una descripción de distintas enfermedades ocasionadas por agentes virales (la peste negra, la viruela, el cólera, la malaria, la gripe española, el VIH-Sida y la Covid-19), así como del contexto social en el cual irrumpen.

El primer apartado arranca en los siglos XIV y XV, pasando por la expansión de la economía colonial y el desarrollo industrial de los siglos posteriores, mientras que el segundo se centra en una fase mucho más reciente del sistema capitalista, con énfasis geográfico en el denominado Norte global.

Considerando que enlistar la totalidad de las pandemias acontecidas en la historia de la Humanidad sería una labor titánica, el autor incluye únicamente aquellas que gozan de mayor documentación, a través de fuentes confiables que ayudarán al lector a profundizar más en estos eventos si así lo desea.

La primera gran pandemia que se menciona es la peste negra, siglo y medio antes de la colonización de las Américas. Una frase,

sin embargo, ya se repite: “actor no humano”, que refiere al virus en cuestión o a algún otro actor encargado de esparcirlo en un territorio determinado.

Luego de una breve descripción científica del virus —su origen, características y transmisibilidad—, el autor habla sobre el impacto que tuvo la enfermedad en las sociedades europeas. En este punto, Molano comienza a delinear su crítica, argumentando que, lejos de ser un virus espontáneo, este tuvo su origen en la devastación de los ambientes naturales, cortesía de la urbanización de las sociedades feudales que, además, condicionó las capacidades de las poblaciones más marginadas para resistir a la pandemia.

Molano también menciona algunas de sus consecuencias, como el aumento de los salarios en los países europeos y la reducción de impuestos —que contribuiría al fin del sistema feudal propio de esta región—, así como la disminución de los precios de los bienes y de la jornada laboral.

En la conclusión del apartado se especifica que esta primera etapa terminó por reforzar el concepto de Capitaloceno, que considera que las actividades humanas por sí solas no son responsables del impacto sobre los ecosistemas terrestres, sino que estas están atravesadas por otros procesos históricos como el colonialismo, la globalización, el racismo o el patriarcado. “Una nueva era geológica marcada por un enorme consumo de energía y una transformación ecosistémica profunda”, explica Molano.

Luego de la peste negra, el libro continúa con la viruela, describiendo nuevamente el contexto de su irrupción, su desarrollo en distintos periodos de la Historia, y su tratamiento hacia principios del siglo XIX y erradicación en el siglo XX mediante el uso de la vacuna.

A decir del autor, las condiciones de trabajo impuestas en las colonias tuvieron un rol importante en la expansión de esta enfermedad: la extracción desmesurada de materias primas, las cargas laborales extenuantes y la destrucción del sistema médico indígena, incapacitaron a las poblaciones colonizadas. La viruela,

sugiere Molano, es también la primera arma biológica de la que se tiene conocimiento, sobre todo en las empresas coloniales británicas en Norteamérica y Australia.

La última pandemia del primer apartado es la ocasionada por el cólera, una enfermedad estrechamente vinculada a la fase imperialista del capitalismo en el siglo XIX.

Al igual que con las sociedades feudales, la acelerada industrialización en lugares como Londres generó condiciones que propiciaron que el virus que se propagara con mayor facilidad. El crecimiento descontrolado de las urbes, el empleo masivo de combustibles fósiles y los deficientes sistemas de salud de la época, en ese sentido, permitieron que el cólera afectara de manera desproporcionada a la clase obrera, orillada a vivir en hacinamiento y sin acceso a servicios públicos que hoy en día estimados básicos.

Aunque los servicios de drenaje y agua potable han mejorado considerablemente desde entonces, la recurrencia de eventos climáticos catastróficos, sobre todo en el Sur global, suele sacar a relucir las desigualdades entre las élites y las poblaciones menos favorecidas por el sistema capitalista.

El siguiente apartado se sitúa en el siglo XX, con la aparición de la malaria y el terreno fértil para su propagación que fueron las dos guerras mundiales. La guerra de Vietnam, por otro lado, confirmó que el interés por acabar con la enfermedad no partía de fines humanitarios sino geopolíticos.

Estados Unidos, convertido ya en superpotencia, desarrolló el insecticida DDT (dicloro difenil tricloroetano) para controlar a la población de insectos portadores del virus, sin importar los daños a largo plazo que el uso extensivo de este provocara en los seres humanos, especialmente en zonas agrícolas y marginadas. El sistema capitalista, una vez más, sobrevivía y se reconfiguraba a costa de incontables vidas humanas.

La Primera Guerra Mundial también ayudó a que otro virus se propagara por todo el mundo: la gripe española. El retorno masivo de soldados a sus lugares de origen y el arribo de tropas

aliadas a Europa desde Estados Unidos —en donde se detectaron los primeros casos—, ocasionó la primera de cuatro oleadas de esta pandemia. Como en los casos anteriores, el desigual acceso a los servicios de salud, combinado un racismo estructural cada más evidente, sobrepasó las capacidades de los países para hacer frente a la emergencia sanitaria.

Hacia mediados de siglo aparecería otro virus, que desde 1980 ha causado la muerte de unas cuarenta millones de personas en todo el mundo. El Virus de Inmunodeficiencia Adquirida (VIH), a diferencia de otros agentes biológicos, iba acompañado de una sentida discriminación, basada en prejuicios, contra los primeros portadores detectados: hombres homosexuales, mujeres trabajadoras sexuales o en condición de trata, pacientes que requerían sangre, adictos a la heroína y poblaciones negras, en África y las Américas. Lo anterior, obviando los procesos históricos de colonialismo, imperialismo, racismo, patriarcado y devastación ambiental, que ocasionaron que estos grupos fuesen los más afectados por esta pandemia.

Molano subraya, a propósito del VIH-Sida, que el neoliberalismo —la fase actual del capitalismo— y la privatización de los servicios de salud ha contribuido a restringir aún más el acceso a tratamientos efectivos para controlar el virus, específicamente en el Sur global, donde este aún se propaga de forma acelerada.

Finalmente, el autor aborda la actual pandemia de Covid-19, cuya irrupción coincide con el agotamiento del modelo neoliberal. El reto para salir de la crisis, explica, es crear una agenda global más inclusiva, democratizar los servicios de salud y la propiedad intelectual de los nuevos descubrimientos médicos, con la única intención de que más personas puedan tener acceso a tratamientos, vacunas y atención médica de calidad. Frente a la magnitud de la emergencia sanitaria y ante la posibilidad de nueva pandemia, este es el piso mínimo.

“La pandemia nos muestra la fragilidad humana de la vida humana en trama del capitalismo, pero también [...] puede ser un

punto de ruptura, un portal, para imaginar otro mundo y luchar por él”, concluye Molano.